

EL GRAN DESPERTAR (II)

José Luis Sánchez Nogales*

5. El Anglicanismo y sus "Contrarreformas"

Después del Luteranismo y del Calvinismo, el *Anglicanismo* es considerado la tercera forma que adquiere la Reforma. Hoy se consideran anglicanas la Iglesia de Inglaterra (Anglican Church) y la Iglesia Episcopaliana de USA (Episcopal Church). León X honró al rey Enrique VIII de Inglaterra con el título de "defensor fidei" por su *Assertio Septem Sacramentorum*. Esto ocurría justamente en 1521, cuando Lutero recibía la bula de excomunión. El ansia del rey por un heredero que no acababa de darle su esposa Catalina, unida a su pasión por la dama de la corte Ana Bolena, puso en marcha el proceso histórico por el cual la Iglesia de Inglaterra quedaría separada de la comunión con la Iglesia de Roma. No habría sido posible la consumación de esta ruptura si la voluntad de comunión con el Primado hubiese sido sostenida con firmeza por una mayoría del episcopado inglés. La anulación del matrimonio del rey por el arzobispo Crammer en 1533 y la oposición firme de Clemente VII, hecha pública mes y medio más tarde, desató el enfrentamiento definitivo que concluiría con el acta de supremacía aceptada por el parlamento en 1534: el rey quedaba constituido como cabeza y protector de la Iglesia de Inglaterra. Lamentable fue, a lo largo del proceso, la conducta, tanto privada como en sus funciones eclesiásticas, del cardenal Wolsey, legado papal, mientras el obispo Juan Fisher y Tomás Moro dieron testimonio con su vida de fidelidad a la comunión con la Iglesia de Roma en 1535. A partir de este momento se acelera un proceso de desequilibrio del rey que se revela en la sucesión de sus divorcios y matrimonios. A pesar de ello el rey era muy antiprotestante y mantuvo la fe sacramental fundamental de la Iglesia Romana. De la mano de Crammer se introducen prácticas reformadas que van acrecentando las distancias. El conato sangriento de vuelta al catolicismo bajo la reina María no fue afortunado en ningún sentido, y con Isabel I y el acta de uniformidad se consolida la forma católica de un Calvinismo moderado como rasgo definitorio de la Iglesia de Inglaterra que se conoce como "complejo oppositorum". La excomunión contra la reina en 1570 por Pío V supone el reconocimiento de una situación, por el momento, irreversible. Los elementos fundamentales del Anglicanismo fueron recogidos por los 39 artículos de 1571. La síntesis más sucinta contempla cuatro elementos: estructura episcopal, Biblia

* Profesor de Filosofía de la Religión en la Facultad de Teología de Granada.

como regla única de la fe, normatividad del "Prayer Book" y papel de la corona inglesa como "supreme governor" de la Iglesia. Junto a ello es preciso reconocer que se concede una cierta importancia a la tradición siempre que no entre en conflicto con la Biblia, la justificación por la "sola fide", el rechazo de la transubstanciación y del carácter sacrificial de la Eucaristía, la negación de la doctrina de las indulgencias, rechazo del culto a las imágenes, reducción sacramentaria a Bautismo y Cena y negación del Primado del Obispo de Roma. Andando el tiempo, la menor preocupación teológica llevaría a una acentuación de la ética y de la praxis social de la Iglesia, en consonancia con el espíritu anglosajón. El Anglicanismo fue cuna también de movimientos de "Contrarreforma", de entre los que hay que destacar el Presbiterianismo, el Congregacionalismo y el Puritanismo.

Delinear un concepto síntesis, aunque sea elemental, del *Presbiterianismo*¹ es una empresa difícil, porque es especialmente necesario recurrir a la historia, y la de este grupo es muy compleja y dificultosa de exponer con claridad. En algunos manuales se utiliza el término Presbiterianismo para designar al Calvinismo transplantado a América del Norte. Algo de acierto hay en este modo de hablar, en cuanto el origen calvinista ha marcado la eclesiología presbiteriana con una fuerte oposición a la estructura jerárquica episcopal haciendo residir la autoridad y el gobierno de las comunidades en un presbiterio o consejo de ancianos compuesto por pastores y laicos. Hay consenso en reconocer el primer destello de esta iglesia en John Knox (1517-1572), sacerdote católico pasado al Anglicanismo y después al Calvinismo. Tras un período de prisión por presunta complicidad en el asesinato del cardenal Beaton tuvo varios movimientos de huida y retorno entre Inglaterra y Centro Europa a causa de las oscilaciones religiosas que fueron ocasión para su profundización en el Calvinismo. Establecido en Escocia desde 1559 planta allí un primer germen de su iglesia estructurada en torno al "Libro de la Disciplina", conservando la estructura episcopal por motivos económicos. Bajo la guía de A. Melville, calvinista observante, la Gran Asamblea declaró en 1580 la incompatibilidad del episcopado con el espíritu de la Reforma. Un "Segundo Libro de Disciplina" que se atenía a esta consideración sirvió de cimiento a la proclamación del Presbiterianismo como "religión de estado" en Escocia. La reacción del episcopado anglicano en los años sucesivos a 1592 y la actuación adversa de los soberanos puso en graves aprietos al Presbiterianismo escocés que sufrió varias secesiones. En 1929 recibió el título por el que se conoce hoy a esta comunidad, "Iglesia de Escocia", que

¹ Cfr. como libro clásico el de L. A. LOETSCHER, *A Brief History of the Presbyterians*, Philadelphia 1958. En general, cfr. W. A. CURTISS, *History of Creeds and Confessions of Faith*, Edimburg 1911, 257ss. Síntesis en P. DAMBORIENA, *Fe católica e iglesias y sectas de la Reforma*, Madrid 1961, 501-511, y también en K. ALGERMISSEN, *Iglesia Católica y confesiones cristianas*, Madrid 1964, 938-939.

jurídicamente sigue siendo estatal y regida por los reyes de Inglaterra. Escocia es, a pesar de lo reducido de esta iglesia, el punto obligado de referencia de todos los movimientos presbiterianos y la Universidad de St. Andrews, en Edimburgo, conserva la esencia más pura de la teología presbiteriana y forma a los líderes más prestigiosos de esta iglesia conocida como "Iglesia Madre del Presbiterianismo". El rigor teológico y la buena preparación de sus pastores son universalmente reconocidos. Éstos son votados popularmente para poder acceder a las parroquias. Pero también se caracteriza por su férrea oposición a todo lo que huelga a catolicismo; en el Ulster la posición más dura frente a las reivindicaciones católicas procede de los presbiterianos.

Las diversas persecuciones y dificultades padecidos en Europa contribuyeron a que muchos presbiterianos pasasen al continente americano, especialmente desde Irlanda y Escocia. El pastor F. Makemie fue el impulsor de la organización de esta iglesia en América, facilitando la llegada de pastores desde Irlanda para fundar comunidades estables en torno a Maryland. En 1729 se pudo tener una primera asamblea en Filadelfia. Así pudieron integrar a gran parte de los quinientos mil irlandeses y escoceses que emigraron al Nuevo Mundo entre 1707 y 1775. Pero los diferentes acentos teológicos y culturales de los recién llegados con respecto a los ya nacidos y educados en América dieron como resultado la formación de dos "Escuelas" dentro de la misma iglesia y de varias escisiones. De hecho hoy el Presbiterianismo estricto aparece dividido en más de una docena de denominaciones y el régimen presbiteriano en más de ciento veinte confesiones independientes. Sin embargo, la gran mayoría de los fieles se dividen entre dos grandes comunidades, como resultado de la cuestión esclavista: la "Iglesia Presbiteriana de los Estados Unidos de América", que agrupa a los presbiterianos del norte, y la "Iglesia Presbiteriana de los Estados Unidos", que agrupa a los presbiterianos del sur. Su fuerte antijerarquismo, su espíritu democrático y populista, su tendencia a las discusiones teológicas y su tenacidad en la reivindicación del espíritu de la Reforma han sido ingredientes de peso en los sucesivos "revivals" americanos. Fueron patronos fundadores de la Universidad de Princeton, actual detentadora de un tipo de neo-gnosis que pretende reconciliar los resultados de las ciencias con la búsqueda de una religión en la cual se pretende una salvación unipersonal de la cual cada sujeto es artífice y que revela el principio individualista y subjetivista introducido por la Reforma.

El *Puritanismo*² fue más un espíritu que una institución concreta, aunque en momentos de su historia aparece con cierta vocación de alternativa al

² Cfr. K. ALGERMISSEN, *o.c.*, 936-938.

Congregacionalismo, dentro del cual quedaría, finalmente, englobado. Ambas corrientes compartían la oposición a la estructura episcopal y al ceremonial litúrgico demasiado católico de la iglesia anglicana. Los puritanos, además, llevaban al extremo la exigencia de la santificación individual. Pero mientras el Congregacionalismo optó por el camino de la secesión, el Puritanismo quiso emprender una reforma interior del anglicanismo en fidelidad a la doctrina calvinista. No la secesión, sino la purificación de la iglesia oficial: de ahí el nombre. Si los congregacionalistas se opusieron de plano a que el rey tuviese una supremacía sobre la iglesia, los puritanos optaron por una vía intermedia: aceptaron que esa supremacía lo era en cuanto a la misión de defender a la iglesia que tenía el rey, como primer fiel de la misma. Esta posición puritana facilitó la penetración del espíritu calvinista dentro del anglicanismo. Es fácil de comprender que concitaran sobre sí la persecución tanto de la autoridad real como de la eclesiástica. Tras la muerte de la reina Isabel I (1603), de la dinastía Tudor, intentaron ser aprobados por el rey Jacobo I, de la dinastía Estuardo y de formación calvinista. Al no conseguirlo, muchos comenzaron la emigración a América. El factor religioso se potenció con otro de carácter político. En efecto, los reyes Estuardo no habían calibrado bien el peso del parlamento de notables y creyeron poder gobernar sin él. El conflicto estalló con Carlos I que se apoyó en el arzobispo de Canterbury W. Laud y algunos nobles para contrarrestar a los calvinistas que permanecieron en Inglaterra y que ofrecieron tenaz resistencia, junto con todos los no conformistas –presbiterianos escoceses, puritanos, bautistas y congregacionalistas–, frente a los intentos del poder real y del episcopado anglicano de reducirlos a la confesión anglicana. El parlamento tenía mayoría presbiteriana y consiguió encarcelar y ajusticiar al arzobispo Laud y algunos nobles más (1640). La vida política y religiosa se bipolarizó, y el país se vio envuelto en dos guerras civiles sucesivas. O. Cronwell, calvinista de adscripción puritana, cogió las riendas del ejército parlamentario que, en este momento, estaba compuesto de mayoría de puritanos (1645). Esta coyuntura permite que la asamblea de Westminster proclamase una confesión de fe calvinista, la “Confesión de Westminster” (1647). A pesar de la base común calvinista, en 1648 el puritano Cronwell se enfrenta con los presbiterianos escoceses e impide el acceso a sus puestos a los parlamentarios presbiterianos en Londres. El rey fue juzgado y ejecutado (30.1.1649). El posterior gobierno militar de Cronwell, proclamado Lord Protector, puede calificarse de sangriento en muchos aspectos. Su muerte permitió la restauración de la monarquía de los Estuardo. El parlamento, de mayoría ya anglicana, impone el “Acta de Uniformidad” (1662) a pesar de los deseos de tolerancia del rey Carlos II. El intento de restauración católica de Jacobo II (1685) no impediría la definitiva hegemonía de la Iglesia anglicana en Inglaterra. El nombre de puritanos, ligado a la caída y ejecución del rey Carlos I, desapareció casi completamente después de la restauración monárquica, quedando el

más general de no conformistas o el de presbiterianos. Pero el espíritu puritano tuvo su continuidad en las colonias de América del Norte a donde habían emigrado instalándose en Massachussets ya desde 1628, poco después de los "Padres Peregrinos". La amargura por las persecuciones sufridas en Inglaterra atrajo su atención sobre el régimen congregacionalista, especialmente el espíritu de independencia de las iglesias particulares. Fueron adoptando dicho régimen eclesiástico pero no abandonaron su estricto espíritu de intolerancia e intransigencia y, a pesar de haber sufrido la intolerancia inglesa, fueron ellos los que convirtieron Massachussets en un paradigma de intolerancia religiosa hacia cuáqueros, católicos, bautistas, etc. Ninguna secta conserva hoy el nombre de Puritanismo, pero el espíritu de intolerancia, especialmente anticatólica, permaneció como adormecido y se despierta periódicamente en sectas brotadas en los sucesivos "revivals" que hacen de su beligerancia anticatólica una seña de identidad.

El *Congregacionalismo*³ se inicia como crítica del rumbo que tomaron muchas iglesias reformadas y especialmente la anglicana, que conservó la estructura episcopal y muchos elementos litúrgicos. A pesar de su convicción de que es posible el contacto no mediado del alma con Dios y su consiguiente negación de reconocer el Primado del Papa, muchas comunidades surgidas de las sucesivas reformas iban cristalizando en poderosas organizaciones eclesiásticas bajo patrocinio principesco y estatal. La reacción congregacionalista, de carácter independentista y separatista, solo reconocerá comunidades locales autocéfalas cohesionadas únicamente por lazos de fraternidad fundados en el servicio a un solo Dios. Se ha llegado a decir que el modo característico de entender la libertad individual los americanos, así como su amplia arbitrariedad a la hora de crear sus propias iglesias, elegir a sus ministros, redactar sus confesiones de fe y gobernarlas democráticamente, tiene su origen en la inyección de calvinismo congregacionalista que recibieron las colonias americanas a partir de 1620⁴. La idea medular de esta corriente fue propuesta originalmente por R. Browne (1550-1633), clérigo anglicano muy crítico frente a la organización eclesiástica. Él y sus seguidores fueron muy perseguidos por la iglesia estatal y pasaron a Holanda: fue aquí en donde recibieron su impronta calvinista. Sin embargo, a partir de 1617, la nostalgia de la patria y el deseo de conservar su propia identidad inglesa, impulsó a un grupo a volver a Inglaterra y a otro a aventurarse hacia América. Los ingleses son los autores de la "Declaración de Savoy" (1658)

³ Cfr. un clásico: el libro de I. CHAUNCEY, *The Divine Institutions of Congregational Churches, Ministers and Ordinances*, London 1697. Buena síntesis en P. DAMBORIENA, o.c., 489-500, y en C. CRIVELLI, *Pequeño diccionario de las sectas protestantes*, Madrid 1956, 66-70.

⁴ Cfr. F. MEAD, *Handbook of Denominations in the U.S.A.*, New York 1957, 74.

que serviría de receptáculo para sus ideas teológicas fundamentales y sería adoptada posteriormente por el grupo americano que desembarcó del "Mayflower" en Massachussets como "Padres Peregrinos" en 1620.

Este desembarco ha sido objeto de un proceso de "legendarización" romántica que ha alcanzado incluso hasta a las reclamaciones de la "Nueva Era" de ser heredera de aquella gesta de los fundadores a través de los "transcendentalistas" americanos aglutinados en torno al bicentenario de la nación (1836) en la Universidad de Harvard⁵, fundada precisamente por los congregacionistas como seminario de ministros en 1636⁶. A pesar de sus sueños de libertad individualista, su llegada a América supuso su constitución como instancia de poder político-religioso que persiguió duramente a otros disidentes instalados allí, entre ellos a los bautistas, cuyo líder Roger Williams fue juzgado y condenado. El primitivo fervor y piedad de los congregacionistas se fue enfriando, lo que dio lugar al "revival" de 1730-34 liderado por G. Whitefield. Su influencia en los campos de la educación y el afianzamiento de la democracia americana son valores que se le reconocen, a pesar de todo. El Congregacionismo defiende una total independencia de las comunidades locales y una absoluta libertad del individuo desde su conciencia. Proclaman que la Biblia es la única fuente de sus creencias, sometida a interpretación libre. Como cabeza de sus comunidades reconocen únicamente a Cristo, rechazando toda jerarquía, pues la naturaleza de la iglesia consiste en una reunión de creyentes en nombre de Cristo y en amistad entre ellos. El Bautismo y la Cena son las "ordinanzas" que admiten, no se les puede llamar, propiamente, sacramentos. El Bautismo es un rito de iniciación no necesario en el orden salvífico, pues piensan que la salvación del hombre no puede ser operada por una ceremonia administrada por una iglesia. La Cena es entendida como ceremonia de unión con Cristo y de comunión fraternal. El ministro puede presidir pero es la comunidad la que celebra el rito. La única forma de agrupación de estas iglesias es la unión fraternal (*fellowship*) que pretende contrarrestar, en lo posible, el síndrome de fragmentación y atomización contenido en los planteamientos de subjetivismo de creencias, individualismo salvífico y localismo radical, que está en la base de la proliferación sectaria del "Gran Despertar".

⁵ Cfr. M. FERGUSON, *La Conspiración de Acuario. Transformaciones personales y sociales en este fin de siglo*, Barcelona 1990³, 135-136 y 141.

⁶ Cfr. P. DAMBORIENA, *o.c.*, 493.

6. *Movimientos transversales de reforma interior*

El *Pietismo*⁷ protestante alemán estuvo muy especialmente en la base de esta alta temperatura espiritual en la que brota el "Gran Despertar". Sus fundadores fueron J. Spener († 1705) y A. H. Francke († 1727) a finales del siglo XVII, mediante los "collegia pietatis" (1670) de Frankfurt y los "collegia biblica" (1690) de Leipzig, respectivamente. Esta corriente se centra en la reforma interior de la iglesia luterana que, entendían, había realizado solamente la reforma exterior. Para ello fomentaban una religiosidad fuertemente devocional y sentimental en el orden personal. Facilitaban, de este modo, que los creyentes que se sentían verdaderamente santificados en Cristo se agrupasen entre sí, poniéndose al margen de los creyentes más mundanizados. Tras la guerra de los treinta años, en la cual tanto sufrió la fe y la moral de las gentes, este movimiento de regeneración y reactivación de la piedad personal y de la vida espiritual, alimentada por la Biblia, encontró muy buena acogida, especialmente en territorio alemán. Los círculos pietistas eran como pequeñas iglesias dentro de la gran iglesia, formados por personas de vida intachable y de piedad edificante. Pretendían ser fermento de una masa abandonada. Las sugerencias pastorales de J. Spener están sugeridas en sus *Pia Desideria* (1675)⁸: a) más utilización de la Sagrada Escritura en la oración y en la formación y el diálogo entre los cristianos; b) acentuación de la relevancia del laicado y potenciación de su acción en las comunidades; c) insistencia en que la fe debe dar buenos frutos en el orden ético y en la concreción práctica de la vida cotidiana; d) formación de los ministros preferentemente inclinada a la piedad y no tanto al conocimiento intelectual y la controversia teológica; y e) edificación de las comunidades en la fe y en el comportamiento moral mediante la predicación de la Palabra de Dios.

El luteranismo opuso fuerte resistencia a la consolidación de este movimiento de espiritualidad. Desde que Francke se instaló en la nueva universidad de Halle, en 1692, ésta se convirtió en fuerte bastión de un pietismo sentimental, rigorista y moralizante, muy "metodista". El pietismo de Württemberg era más interior. Y el de la "Comunidad de Hermanos Moravos" o "Herrnhutas", fundada por N. L. von Zizendorf, era de piedad muy cristocéntrica y muy devoto de las huellas y la sangre de Cristo cuya presencia real en la Eucaristía confiesa. Esta última comunidad pietista tiene un fuerte espíritu misionero, razón por la cual llegó pronto a América. El Pietismo, en todas sus versiones, insiste fundamentalmente en las dimensiones emocionales y sentimentales del culto y

⁷ Cfr. K. ALGERMISSEN, *o.c.*, 940-945.

⁸ Cfr. W. HENN, *Pietismo*, en *Diccionario Teológico Enciclopédico*, Estella, Navarra, 1995, 769.

de la conversión a la auténtica fe en Cristo desde lo profundo del corazón. Se desentiende más de los aspectos objetivos de la fe, de la dogmática, cayendo en un fuerte sentido subjetivista de la religión que conducirá a la fragmentación interior del movimiento y dará origen a una cuarta corriente pietista propiamente sectaria, incluso milenarista y antieclesiástica y con ribetes de fanatismo muy serios. Pero éstas son las sombras de un movimiento de renovación que reactivó el interés por la cura de almas, la piedad personal, la adhesión a Cristo, la lectura y meditación de la Biblia, etc., dando lugar a la formación de un cristianismo práctico sencillo y eficaz. Su aversión casi visceral a todo dogma, sin embargo, le hacía portador de un síndrome de confusión y fragmentación allá por donde pasaba, y preparaba la secularización moralizante del cristianismo que desembocaría en la ilustración y en el librepensamiento ateo.

El Pietismo fomenta la negación de todo lo que se percibe como mediación –ésta queda reducida a la pura subjetividad– por creer que la mediación es una deformación del contenido de la fe. Por tanto: negación de la institución eclesial, individualismo interiorista y fideísta, y eticismo privado. Se pensaba que podría crearse, de este modo, una “internacional del corazón”⁹ para lograr la unidad cristiana que había sido rota en la propia Reforma. La unidad del corazón y de la buena voluntad, en el espacio interior, donde la salvación no se decidiría por las etiquetas confesionales de cada uno sino por la aceptación obediente de la Palabra, interpretada por iluminación privada de Dios. Lo que queda es una religiosidad cargada de emotividad, que deja de lado la fe ortodoxa para seguir la voz interior de una subjetividad sacralizada. Muchas de las letras de las cantatas de J. S. Bach (1685-1750) rezuman esta emotividad pietista, a la que él dotó con la sublimidad de su música:

“Afortunado de mí que tengo a Jesús,
oh, cuán firmemente le tengo
para confortar mi corazón
cuando me halle enfermo y triste.
Poseo a Jesús, que me ama
y se me da como cosa propia.
¡Ay! Por eso no dejaré a Jesús,
aunque mi corazón se quebrante”

“Jesús es mi alegría,
el consuelo, la dulzura de mi corazón.
Jesús me defiende de todo mal,
Él es la fuerza de mi vida,

⁹ Cfr. G. GUSDORF, *o.c.*, 73 ss.

la alegría y el sol de mis ojos,
 el tesoro y las delicias de mi alma,
 por eso no aparto a Jesús de mi corazón y de mi vista"¹⁰.

El resultado fue paradójico: la búsqueda nostálgica de una religión universal y común a toda la humanidad, libre de fronteras dogmáticas, termina sacralizando la propia subjetividad. Es ésta la que establece las fronteras de una nueva religiosidad e introduce una diferencia entre iglesia y cristianismo que pretendía hacer posible el seguir llamándose cristiano sin adscripción confesional alguna.

El revivalismo es fomentado mucho más directamente por el *Metodismo*¹¹, corriente anglicana del Pietismo luterano, mediante la insistencia en la libre voluntad para la aceptación de la fe en Cristo. El Metodismo, marcado por la personalidad de J. Wesley (1703-1791)¹², fue originalmente un movimiento de despertar en Inglaterra, durante el siglo XVIII. Se trata de una derivación del Anglicanismo por influencias calvinistas y pietistas. Wesley, hijo de un sacerdote anglicano, de buena formación académica y teológica, fue él mismo sacerdote desde 1728. En Oxford se había unido a un grupo de cuatro jóvenes religiosos desde 1729, entre ellos su hermano Charles. Su vida estaba organizada en torno a la religión y la piedad: comunión frecuente; lectura diaria de la Biblia; visita semanal a pobres, enfermos y encarcelados; instrucción a niños abandonados; ayuno los miércoles y viernes. Por su estilo de vida y piedad regulada tan meticulosamente los estudiantes de Oxford les llamaron "Metodistas" y "Santo Club". El Metodismo recibió gran influencia del Pietismo alemán de los "Hermanos Moravos", en una de cuyas sesiones de oración experimentó J. Wesley su definitiva conversión, después de una primera aventura misionera en América (1735-1738) acabada en fracaso. El contacto con los moravos se produjo durante la travesía de ida, realizada junto con 26 misioneros de esta comunidad que se dirigían a evangelizar Georgia. De vuelta en Londres, prosigue sus contactos con los moravos y, en un encuentro de oración con ellos (24.5.1738), acontece su definitiva conversión a Dios:

"Como a las nueve menos cuarto, mientras escuchaba el modo cómo Dios obra en el corazón por la fe en Cristo, sentí arder el

¹⁰ Corales finales de 1ª y 2ª parte de la cantata *Herz und Mund und Tat und Leben*. Música de J. S. Bach, letra de Salomo Frank, versión José Luis Sánchez.

¹¹ Cfr. K. ALGERMISSEN, *o.c.*, 1151-1160.

¹² Cfr. como obra clásica, A. LUNN, *John Wesley*, London 1929; también L. TIEMANN, *The Life and Times of J. Wesley*, 3 vols., London 1871.

mío de una manera extraña. Entonces experimenté que confiaba en Cristo, y solamente en Cristo, para mi salvación, recibiendo también la seguridad de que Él me había perdonado los pecados y que me salvaba a mí de la ley del pecado y de la muerte. Me puse, pues, a orar con todas mis fuerzas por todos aquellos que me habían perseguido y ultrajado. Dí después testimonio público ante todos los asistentes de lo que por primera vez sentía en mi corazón¹³.

Su convicción es que la sola fe justifica, pero hay que añadir la penitencia personal para que el hombre llegue a convertirse. Wesley se convenció de que la conciencia clara de haber sido perdonado por Dios adviene de improviso al alma y, posteriormente, se ve invadida por la paz interior. Hay que aspirar a la salvación y a la santidad personal con un método preciso y adecuado. Desde 1738 predicó por toda Inglaterra montando a caballo o en carruaje. Levantó en muchos cristianos mediocres entusiásticas conversiones, pero también fueron frecuentes las recaídas fulgurantes. La Iglesia anglicana oficial le fue adversa desde el principio. Tuvo que montar una estructura eclesial para garantizar la perdurabilidad del movimiento. Su modo de predicar era sencillo, popular y cálido, por lo que impactaba la sensibilidad del pueblo, especialmente de los grupos sociales más alejados de la iglesia oficial. Fomentó una pastoral de caridad y de cercanía a los pobres y marginados. A Wesley le ayudó mucho el gran orador anglicano G. Whitefield que, vetado para predicar en los templos, comenzó una serie de sermones al aire libre en Inglaterra, llegando a reunir a 20.000 personas, concretamente en Rosengreen (1729). Eran los preliminares de los "camp meetings" americanos y de los viajes misioneros a los que Wesley se aplicó con toda su energía¹⁴. En 1766 llegaron a Nueva York dos predicadores metodistas laicos. Posteriormente llegaría (1771), enviado por Wesley, F. Asbury, caudillo del Metodismo americano. Asbury introdujo el episcopado –Iglesia Metodista Episcopal de USA– y pronunció más de 16.000 sermones en cuarenta y cinco años de actividad misionera. Al morir, en 1816, dejó 700 predicadores en América.

El mensaje metodista se va articulando progresivamente en torno a unas proposiciones muy sencillas, a pesar de la meticulosidad del "método" ascético y de piedad¹⁵: a) universalidad del pecado y corrupción de la naturaleza humana; b) universalidad de la dispensación de la gracia divina; c) rechazo del rígido

¹³ Citado en P. DAMBORIENA, *o.c.*, 796-797, que la toma del diario correspondiente al 24 de mayo de 1738, en J. WESLEY, *Journal*, edición de N. Curnock, 8 vols., London 1909-1916.

¹⁴ Cfr. K. ALGERMISSEN, *o.c.*, 940-945 y 1151-1166.

¹⁵ Cfr. W. HENN, *Metodistas*, en *Diccionario Teológico Enciclopédico*, *o.c.*, 629.

predestinacionismo calvinista; d) necesidad de la colaboración del hombre en su salvación; e) justificación no como mero acto forense externo sino como “renacimiento” en el Espíritu Santo; y f) exigencia de constante santificación personal y perfeccionamiento.

El Metodismo entiende la santificación como una acción progresiva del Espíritu Santo en el hombre que le hace crecer interiormente, purificarse del pecado y llenarse de amor de Dios, asemejándose de este modo a Cristo (*imitatio Christi*). Este espíritu de santidad metodista se puede descubrir como telón de fondo de los “despertares” y “renacimientos” y como desencadenante de los *Movimientos de Santidad*¹⁶ en los que se incubarían muchas de las sectas que brotarán en América del Norte durante aquellos despertares de los siglos XVIII y XIX. El Metodismo dejaba el terreno abonado para el arraigo de estos movimientos (*Holiness Movement*) que comienzan a tener relevancia en el primer cuarto del siglo pasado. El presbiteriano Ch. Finney (1792-1875) recibió la influencia de la doctrina arminiana contraria al estricto predestinacionismo calvinista. Predicaba que la soberanía de Dios es compatible con la libertad del hombre: la gracia de Cristo se da a todos los hombres, no es irresistible por la voluntad humana y puede perderse. Desde estos presupuestos predicó la doctrina de la entera santificación: el hombre no tiene otros pecados que los voluntariamente cometidos; la conversión es un acto libre aunque se experimenta en medio de una fuerte conmoción espiritual; la santificación incluye la liberación de todo pecado e incluso de los malos pensamientos y que este estado es el normal de los cristianos. Otro predicador, Ph. Palmer (1807-1874), extendió la doctrina de la “santificación instantánea” que eleva al creyente ya justificado a un estado de salvación irreversible. Estos movimientos, por ser transversales, recorren horizontalmente muchas iglesias institucionales o confesiones religiosas, saltando por encima de las diferencias dogmáticas y de piedad cultural. Solo comenzaron a cristalizar en “iglesias y sectas de santidad” a partir de mediados del XIX y principios del XX¹⁷, pero como “movimientos” donde las ideas y las creencias se mezclan y confunden en un clima de alta temperatura emocional y de exacerbación sentimental, ya estaban trabajando las conciencias, bastante confusas, de muchos de los miembros de iglesias y sectas institucionalizadas desde mediados del siglo XVIII y principios del XIX. Para darnos idea de la situación de ardor emocional con el que se respondía a estas predicaciones basten algunos ejemplos. J. Burns nos proporciona la siguiente descripción:

¹⁶ Cfr. K. ALGERMISSEN, *o.c.*, 1260-1274; B. WILSON, *o.c.*, 48-65.

¹⁷ Cfr. C. CRIVELLI, *o.c.*, 43-46. Algunos nombres: Holiness Church of California (1880); Pilgrim Holiness Church (1910); Church of Christ, Holiness (1894); Churches of God, Holiness (1914); Holiness Methodist Mission (1900). Cfr. asimismo K. ALGERMISSEN, *o.c.*, 1260 ss.

“Los oyentes gritaban desesperadamente como para deshacerse del terror que se había apoderado de ellos. Con frecuencia, y *bajo la presión del Espíritu*, caían en tierra en medio de sollozos, empezaban a confesar en voz alta sus pecados y a suplicar al predicador y a los presentes hicieran algo para arrancarles del tormento... En aquellos mismos, o en otros, la alegría de la liberación causaba parecidos resultados: gritos de “estoy salvado”, “aleluya”, “alabado sea Dios”, etc. En otros las manifestaciones se hacían por medio de saltos de gozo, de desmayos y hasta de un verdadero paroxismo”¹⁸.

Más cercano ya al ambiente pentecostal posterior, tenemos testimonios que ejemplifican bien, sin embargo, este clima colectivo de “revival” en el seno de instituciones religiosas que habían sido, a su vez y en su tiempo, “protesta” contra aquellas grandes iglesias europeas de las que se desgajaron:

“Eran muchos, escribe un testigo, los que después de escuchar a los predicadores, caían al suelo como si estuviesen en batalla y continuaban así durante un largo rato en un estado de aparente inmovilidad, sin más síntomas de vida que los gemidos o las plegarias de auxilio que emitían de vez en cuando. Solo al cabo de horas, volvían a levantarse dando gritos de liberación... El suelo quedaba cubierto de hombres *tocados por el Espíritu*. Algunos yacían inmóviles sin poder hablar. Otros hablaban pero no se movían. Algunos golpeaban el suelo con los pies, mientras sus vecinos parecían agonizar tumbados y como peces fuera del agua. No faltaban quienes se revolcasen durante horas enteras o quienes, después de saltar de modo salvaje por encima de mesas y bancos, salían hacia la foresta gritando: *¡estoy perdido, estoy perdido!*”¹⁹.

Este “caldo de cultivo de santidad”, que reacciona contra el enfriamiento y el sueño de las iglesias institucionales llegadas a América, alimentará el estallido sectario desde el primer tercio del siglo XVIII y hasta mediados del siglo XIX, alcanzándose de este modo la frontera temporal más tardía del “Despertar”, solo superada posteriormente por el estallido pentecostalista y el despertar de la “Nueva Era”, “Nueva Religiosidad” o “Era de Acuario”, nacido este último en la California de los años 60 de este siglo.

¹⁸ J. BURNS, *Revivals, their Laws and Leaders*, London 1909, 20-24; síntesis en P. DAMBORIENA, *o.c.*, 769.

¹⁹ E. T. CLARK, *The Small Sects*, Nashville 1949, 92. Citado en español en P. DAMBORIENA, *o.c.*, 774.

Sin límites precisos, por consiguiente, estos movimientos recibirán todos los "ingredientes" de las diversas tendencias, confesiones religiosas e iglesias desgajadas progresivamente de la Reforma e inmigradas a América a partir de 1620. Ello hará de estos movimientos un ambiente o atmósfera envolvente, poco definida en el orden cronológico, local e institucional, pero que se va configurando y perfilando mediante una serie de elementos y experiencias comunes a las personas que respiran esta atmósfera sin que, por esta causa, se sientan obligadas en conciencia a abandonar sus comunidades de pertenencia o adhesión, al menos al principio. Bien es cierto que al ir cristalizando posteriormente en iglesias institucionalizadas, muchos de los que respiraban esta atmósfera o clima de santidad romperán con sus iglesias de origen y pasarán a engrosar las filas de alguna de las más cercanas a su propio círculo de piedad, experiencia y amistad. Los rasgos elementales que pueden constituir el "análisis" de los componentes de este clima espiritual se podrían encontrar entre estos diez que enumero:

- Fuerte tendencia a la perfección ética de sus miembros como camino de santidad.
- Clima emocional de entusiasmo exaltado.
- Conciencia de élite de selectos elegidos por Cristo de quienes se sienten primicias.
- Ambiente de espera de una inminente nueva efusión de los carismas pentecostales del primer Cristianismo.
- Aspiración a la experiencia directa de la gracia en el "bautismo de Espíritu Santo".
- Cierta tendencia al milenarismo y a la expectación de la segunda venida de Cristo.
- Piedad muy sentimental y frecuentemente extática.
- Antidogmatismo y antijerarquismo en cuanto cada fiel se siente miembro de Cristo directamente inspirado por la luz del Espíritu Santo.
- Sentimiento de haber alcanzado la completa "pureza de corazón" y, en las sectas más extremistas, pretensión de "unión hipostática" con el Espíritu Santo.
- Asimismo, en las sectas más extremistas sus miembros se sienten una "comunidad de santos" que incluso veneran al fundador como encarnación de la divinidad o como su representante y portavoz exclusivo, por encima de la autoridad eclesiástica y de las mismas Sagradas Escrituras. En estos dos últimos casos se habla ya abiertamente de "sectas de santidad" que se encuentran en un plano inclinado que conduce ya en breve al brote de los movimientos y sectas específicamente pentecostales, aunque la frontera entre ambas realidades no es totalmente nítida.

Están aquí recogidas a grandes trazos las causas y ocasiones que propiciaron el que en aquellos territorios de frontera americanos, frente a las organizaciones religiosas establecidas se fuese perfilando lentamente este “movimiento de santidad” del corazón que pone el acento en la experiencia de la salvación mediante el sentir la gracia de Dios emocionalmente en el corazón, en lo más íntimo del hombre, con las repercusiones psicósomáticas descritas. Aunque ésta era una de las experiencias centrales del padre del metodismo, J. Wesley, su espíritu se fue perdiendo con el transcurso del tiempo en las fronteras americanas²⁰. En estos ambientes de “revival” los hombres se planteaban interrogantes religiosos sobre la pureza y la rectitud de intención de las grandes iglesias institucionales. Se fue imponiendo un sentimiento, a veces confuso, de que había que recrear la iglesia mediante una reforma radical. Incluso hubo quienes llegaron a leerse la historia de las iglesias institucionales como una gran perversión donde habían predominado los elementos formales externos, siendo abandonados los elementos interiores de conversión y fidelidad del corazón a Jesucristo y a Dios. Este clima religioso envolvente y entusiasta alimentaba una fuerte tendencia restauracionista, a la búsqueda de la “comunidad de la Iglesia primitiva” como paraíso de santidad perdido culpablemente por las iglesias. Entre éstas se culpaba con especial agresividad a la Iglesia católica, pero no eran menos virulentos los ataques contra las iglesias reformadas y sus movimientos interiores de “contrarreforma”. Esta restauración de la comunidad a sus orígenes puros y santos se consideraba necesaria como preparación al “retorno” de Cristo. Cuando éste se anunciaba como inminente se producían los estallidos milenaristas. La efervescencia religiosa que hemos intentado describir a partir del análisis de sus elementos más simples y del proceso histórico de sus enfrentamientos, sincretismos y mixtificaciones es lo que provocó el dilatado “Revival” o “Awakening” conocido como “Gran Despertar” (*Great Awakening* o *Great Revival*). Ya he precisado que si este nombre se usa “stricto sensu” para el movimiento nacido en Northampton (Massachussets) en 1735-1740 y liderado por los predicadores de tendencia congregacionista Jonathan Edwards y G. Whitefield, sin embargo “lato sensu” empleo esta expresión para designar este clima de fervor y ardor religioso que se mantiene en América del Norte, con mayor o menor densidad, hasta la primera mitad del siglo XIX, dando lugar a un interminable catálogo de pequeñas iglesias, movimientos religiosos y sectas cuyos últimos exponentes, actualmente muy activos, fueron los milenaristas y pentecostales de mediados del XIX²¹.

²⁰ Cfr. B. WILSON, *Sociología de las sectas religiosas*, Madrid 1970, 48-61.

²¹ Una tipología bastante completa de los movimientos religiosos –algunos de ellos cristalizados en sectas–, puede verse en mi trabajo *La nostalgia del Eterno. Sectas y religiosidad alternativas*, Madrid 1997, 85-94.

7. Hacia el siglo XXI: ¿supermercado espiritual y religión a la carta?

Los movimientos de “despertar”²² religioso tienen periodicidad histórica. Ello ocurre cuando uno o varios grupos dentro de las grandes religiones toman conciencia de una situación de “sueño” institucional, bajo la guía de líderes carismáticos. Piensan que hay que poner la religión a la altura de la vida para que los hombres puedan tener verdadera experiencia de Dios y que la religión acompañe a los hombres en su vida real. Si la “vieja” religión no es capaz de despertar, entonces acometen la tarea de “refundar” la religión, volver a los orígenes, reencontrar la raíz viva de un organismo que consideran ya totalmente perdido²³. La Nueva Era o Nueva Religiosidad es un “Nuevo Despertar” de la religiosidad. También ahora se ha difundido entre grupos y comunidades el sentimiento de que las grandes religiones, las grandes estructuras en general, también las políticas, económicas, sociales, etc., están dormidas y son incapaces de permanecer despiertas en la actual situación de crisis; se tiene la sensación de que son inútiles para dar respuesta a las necesidades individuales y colectivas de la humanidad. Como todo “despertar”, el actual de la New Age o Era de Acuario ha surgido en una coyuntura histórico-social caliente. Son las situaciones en las que se padecen o presienten grandes calamidades sociales, momentos de violencia generalizada, cambios de modelos culturales, final de siglo o de era astrológica, fin de milenio, conquista de nuevos territorios geográficos o mentales, crisis de las grandes instituciones como la política, la iglesia, la familia, la economía, la ciencia, la tecnociencia, etc. Este nuevo despertar tiene también la intención de refundar la espiritualidad humana, desatendida, según sus líderes, por las grandes religiones. Pero también aquí habrá, en el despertar, una pérdida. Si en el gran despertar americano lo que se perdió fue la iglesia, fragmentada en multiplicidad de sectas, en este nuevo despertar la pérdida será más grave: ahora se pierde a Dios mismo, ya sea porque pierde su rostro personal, ya sea porque aparecerá disfrazado con las mil y una máscaras del politeísmo o panteísmo de las redes de la Nueva Era, la “Era de Acuario”²⁴.

Aunque algunos especialistas en la materia piensan, y yo concedo gran autoridad a esta opinión, que el asunto de la “Nueva Religiosidad” no es un fenómeno con entidad propia, sino más bien de naturaleza epifenómica, que vive sobre la superficie de las grandes tradiciones religiosas de la humanidad, no hay que dejar en el olvido el hecho de que el pensamiento débil que se ha ido

²² Cfr. J. L. SÁNCHEZ NOGALES, *Religión, religiosidad alternativa y sectas*, Madrid 2000, 77-94.

²³ Cfr. B. WILSON, *o.c.*, 54-56 y J. L. SÁNCHEZ NOGALES, *Nuevos movimientos religiosos alternativos: entre “anhelo” y “patología”*: *Estudios Eclesiásticos* 268 (1994) 47-48.

²⁴ Cfr. J. L. SÁNCHEZ NOGALES, *La nostalgia del Eterno*, 321-423.

delimitando en los últimos años parece dar síntomas de una cierta fortaleza, en su debilidad, al conectar bien con la "situación existencial" de varias generaciones. Ello hace posible que, al menos durante un tiempo, esta mentalidad difusa, débil, lánguida, metafísicamente triste, va a gozar de una cierta buena salud. De entre las diez características con las que, en otro lugar, he intentado perfilar este ambiente espiritual de "revival new age", una de ellas, literalmente, dice así: "*La nueva religiosidad es un supermercado espiritual, una city religion*". En efecto, la Nueva Religiosidad oferta una religión débil, a la medida de las necesidades del sentimiento humano. Ha sido llamada "city religion" o "religione metropolitana" (religión de ciudad), religión selectiva, "light", descafeinada, de bolsillo, a la carta, como cuando en la ciudad o en el supermercado la gente pasea y mira los escaparates, aquí compra, allí no, y sigue adelante. Es una religión sin contenido, cada uno se va construyendo su propia espiritualidad cogiendo lo que más le gusta de las diversas religiones mundiales o de las "sombras" que las acompañan. Por eso se le llama también religión de camuflaje, un a modo de virus espiritual donde lo importante no es el contenido, sino la estructura fluida y nebulosa mediante la cual puede penetrar inadvertidamente cualquier religión y espiritualidad. La salvación es también intramundana y a la carta: salvarse es sentirse a gusto, cálidamente instalado en el grupo, sin tensiones psíquicas, familiares ni sociales; sin contradicciones personales. La fe no es entendida ni como un don de Dios ni como una conquista del hombre; es, simplemente, la búsqueda de lo agradable en el momento, de la calidez, de la armonía interior. No hay rastro de compromiso ético real por el mejoramiento del mundo. Este se espera de una evolución consciencial necesaria que no requiere el esfuerzo ético planteado desde la libertad. Este modo de entender y vivir la religión no es exclusivo de movimientos alternativos o sectarios, muy al contrario es un "ambiente" o "clima" que se respira incluso dentro de las propias grandes instituciones religiosas, no solo en el Cristianismo, sino también en el Neohinduismo, en algunas tendencias del Judaísmo actual, e incluso, a pesar de su peculiaridad del todo singular, en algunos movimientos del Islam.

Por esta razón, creo que el siglo XXI corre el riesgo de que las grandes experiencias religiosas de la humanidad, las que han sido raíces fecundas de civilización y de cultura, con todas sus ambigüedades, se vean desbordadas por esta avalancha de religiosidad alternativa, en muchos casos patológica. Y aunque se piense que será una "moda" que un día pasará, no hay más que asomarse a las páginas de los diarios para comprobar los estragos que los fundamentalismos, los fanatismos incontrolados, las violencias morales, psíquicas y físicas de incontables grupos autoproclamados religiosos están provocando: son las consecuencias de la comprensión de la religiosidad desde el mero principio del placer, incapaz de soportar las contradicciones y las frustraciones

que acechan a los individuos y los grupos humanos en el decurso de su historia. Me parece, por consiguiente, oportuno que las grandes tradiciones religiosas se interroguen acerca de los vacíos y lagunas pastorales que dejan lugar al brote de formas de religiosidad alternativa tantas veces plagada de excentricidades y absurdos, e incluso de peligrosidad destructiva. Por su parte, pienso que los estados, que se organizan cada vez más de modo aconfesional, tendrán que asumir, mejor antes que después, su responsabilidad no sólo en la creación de los marcos jurídicos que fomenten la verdadera libertad religiosa y su ejercicio en el ámbito de la cultura, sino también que pongan coto a la violencia contra el hombre y las comunidades humanas bajo forma religiosa. También ha lugar, en mi opinión, para que la sociedad se sienta llamada a tomar conciencia de que es responsable de las grandes experiencias de Dios que alberga en su seno, y que, dentro de la defensa y promoción de la libertad de conciencia, se plantee la necesidad de reclamar un clima de respeto, donde tenga cabida una sana y equilibrada actitud crítica, para esas grandes experiencias de lo sagrado. Creo que entramos en un tiempo de creatividad. Puede ser, efectivamente, el alba de una nueva era. Pero somos responsables de la historia, y pienso que es el momento propicio para el alba de la era de la libertad, la paz y el diálogo. La era del respeto entre las venerables tradiciones religiosas que han engendrado una humanidad más humanizada y civilizada –toda gran civilización nace de una gran religión– y que siguen siendo seno fecundo de sus más sublimes logros, expresiones y manifestaciones.